



La política distante

Jueves 1 de mayo del 2003

Preocupa la insistencia de ciertos comentaristas acerca de la inutilidad de algunas instituciones centrales para cualquier democracia; en este caso, sobre la pertinencia del Congreso federal y en muchos casos de los congresos locales. Con una ligereza impresionante, al comentario de que los diputados -figura en la que se centran la mayoría de los comentarios- nos cuestan mucho dinero, sigue el de que además no hacen nada, entonces la solución es el de prescindir de los mismos e incluso pugnar por la desaparición de la Cámara Baja. La trivialización de la política ha ocasionado una proliferación de "expertos" que opinan sin la mayor formación e información acerca de lo que a ellos se les ocurre son y deben ser las diferentes instancias de representación política o gubernamental. Generalmente hay una asociación muy fuerte entre costos económicos e inutilidad. La gravedad de este asunto es que la mayoría de las ocasiones esas opiniones son la única fuente de información del ciudadano promedio; es decir, son la fuente primordial de eso que llamamos la "opinión pública", lo cual significa una gran responsabilidad en términos de una cultura política que se aleja rápidamente del interés en la política y los asuntos públicos.

Claro que en esos "opinadores" no recae toda la responsabilidad del creciente desinterés de los ciudadanos por las cuestiones políticas, cuyo indicador más inquietante es el desdén por los procesos electorales y la marcada abstención que venimos padeciendo. Existen otros dos factores que al menos merece señalar: La formación escolar y la cultura política autoritaria. Crecimos en una cultura que desdeñó la formación ciudadana para la democracia porque ésta no existía ni había interés para que las cosas cambiaran. En la escuela se prescindió de las materias que incluyeran valores de la democracia y cuando mucho se incluyeron materias de "Civismo" que aparte de aburridas, eran concebidas como un apéndice acartonado de la educación formal. Vacunamos a muchas generaciones contra la lectura, la reflexión y la problematización de la realidad. A quienes se les ocurría navegar contra la corriente aplicamos el descalificativo de "nerds" y los vimos con desconfianza. Todo lo que significara un esfuerzo intelectual por comprender el mundo en que vivíamos lo estigmatizamos con el concepto de "rollo". Así, quienes se interesaban por las cuestiones políticas o públicas eran unos "rolleros": La política se convirtió en una mala palabra. En mi caso, cuando contestaba que había decidido estudiar "Ciencia política", es decir, aspiraba a ser un politólogo, creo que causaba conmiseración o rechazo porque de ahí se seguía que mi aspiración era la de ser político y funcionario público, sinónimo de corrupción y malas mañas.

Y es que efectivamente, la política fue durante muchas décadas en este País el arte de engañar a la gente, de lucrar con la verborrea para hacerse de cargos públicos y de enriquecerse a través del erario. La cultura política autoritaria prescindió del ciudadano y sólo contaron las organizaciones. El sistema corporativo se encargó de tomar las decisiones por los individuos. Si no pertenecías a una organización sindical, a alguna central y al PRI, no existías políticamente. Vamos, ni siquiera se requería asistir a votar, otros lo hacían por ti; sin embargo, el sistema funcionaba porque la pasividad ciudadana se compensaba con recursos de todo tipo: Tuvimos una prolongada etapa de crecimiento sostenido llamada el "milagro mexicano" y que abarcó más de 15 años, entre 1954 y 1970 y luego vendría la administración de la abundancia con el descubrimiento de los grandes yacimientos petroleros. Pero la época de "vacas gordas" terminó y con ellas el sistema corporativo. El cambio consistió en dejar desamparados a los ciudadanos: Sin recursos y sin la formación necesaria para entender lo que estaba pasando. La política pasó a otro plano, pues la preocupación primera de los mexicanos fue la de la sobrevivencia cotidiana. El participar políticamente ya no sirvió para comer.

La política tiene que remar contra la corriente; no tiene asideros en la educación formal ni en la cultura política; además los hacedores de opinión las más de las veces se orientan por ocurrencias y lo que logran es alejar más a los ciudadanos del interés por participar políticamente: La abstención sigue en aumento. Me decía un preocupado funcionario del IFE que las evidencias que existen es que los comicios del 6 de julio registrarán mayor abstención que la que tuvimos en el proceso local de 2001: Estaríamos hablando de un 70% de electores ausentes. La política no es prescindible ni tampoco un artículo de lujo; los costos para una sociedad despolitizada son muy altos; de eso pudiéramos hablar en próximas entregas.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.